

LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Consideraciones en torno al libro *Amó con corazón de hombre*

RESUMEN

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, “este misterio del amor de Dios por nosotros no constituye sólo el contenido del culto y de la devoción al Corazón de Jesús; es, al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana” (Benedicto XVI) En el presente trabajo, inicialmente, analizamos los términos nacidos de la devoción vinculados con Santa Margarita María Alacoque, es decir, un lenguaje devocional. Por otra parte, estudiamos las Encíclicas de los Papas como la de Pío XII *Haurietis Aquas* y su lenguaje doctrinal, teológico y concluimos que se puede mantener el primero con los contenidos exigidos por el segundo. Es una puesta al día de la devoción en términos modernos en orden a revisar nuestras oraciones, devocionarios y, en particular, nuestra predicación sobre el mensaje del amor propio de esta devoción tan difundida en el mundo.

Palabras clave: devoción, culto, satisfacción, expiación, sacrificio, reparación.

ABSTRACT

The devotion to the Sacred Heart of Jesus “the mystery of God’s love for us does not only constitute the content of the cult and of the devotion to the Heart of Jesus; it is, at the same time, the content of all true spirituality and christian devotion” (Benedict XVI). In this present work, initially, the terms springing from the devotion related to Santa Margarita María Alacoque are analyzed; i.e. a devotional language. On the other hand, the Encyclicals of Popes are studied, such as the one by Pío XII *Haurietis Aquas* with its doctrinal and theological language; and we have arrived at the conclusion that the first can be used with the contents demanded by the second. It is an “updating”, so to speak, of devotion in modern terminology, with the purpose of checking our prayers, our prayer books, and particularly, our preaching about the message of this kind of love, of the devotion widely-spread in the world.

Key Words: devotion, cult, satisfaction, sacrifice, reparation.

La intención del presente artículo es indicar brevemente el significado y los alcances del libro: *Amó con corazón de hombre*¹ dedicado a la devoción al Corazón de Cristo.

Por tratarse de una devoción tan difundida es fácil caer en formas de pietismo y/o sentimentalismos que no favorecen el conocimiento real del misterio que simboliza.

Términos tales como culto, devoción, desagravio, reparación etc. merecen ser explicados adecuadamente. De ahí que el libro comienza con el análisis de los mismos antes de abordar el misterio del corazón traspasado.

Una mención especial y, quizás, la más significativa está constituida por la diferencia entre el lenguaje devocional y el doctrinal o teológico. En la actualidad podría hablarse de un lenguaje paralelo: el primero utilizado por muchos devocionarios que circulan en nuestras parroquias y el segundo reservado a algunos documentos del magisterio y/o en elaboraciones teológicas de gran altura.

La incorporación del misterio trinitario representa otra “novedad”, por decirlo así, del libro en cuestión. Este último aspecto merecería ser ampliado mucho más si se quisiera superar el límite impuesto por el autor al reservarlo para agentes de pastoral o laicos con cierta preparación teológica.

Trataremos de exponer brevemente los temas indicados en el libro que entendemos comentar, para detenernos luego en las cuestiones abiertas que tocan la esencia misma de la devoción como revelación del misterio trinitario y la actualidad de la reparación.

1. Algunas nociones previas

1.1. Culto y devoción

El culto está relacionado con la liturgia y por lo general no sale de ese contexto. De ahí el peligro de rendir “culto” al corazón físico de Jesús separado de su persona. Estamos al borde de la idolatría porque el re-

1. L. CAPPELLUTI, SCJ, *Amó con corazón de hombre. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Síntesis histórica y perspectiva actual*, Buenos Aires, San Benito, 2007.

ceptor último del culto deja de ser la Persona divina del Hijo de Dios y pasa a ser un corazón humano sin ninguna referencia personal. Lamentablemente aún hoy día se lo puede ver en distintos medios de difusión –incluyendo Internet– y aún en algunas santerías “católicas”.

La devoción en cambio tiene un significado más amplio, abarca la totalidad de la persona y está más cerca de la palabra “consagración”; por ello forma parte de la virtud de religión y de la devoción popular.

“En la literatura cristiana, el término «devoción» pasará a revestir el sentido general de servicio a Dios, de fidelidad y de compromiso por la cual nos dedicamos, nos entregamos y nos consagramos a Dios por Jesucristo”.²

1.2. Desagravio

El acto de desagravio expresa el aspecto penitente de la consagración. Santa Margarita María entiende con este término *un acto interior de satisfacción al Corazón de Jesús*. La expresión viene de la costumbre vigente ya en el siglo VIII que exigía que un malhechor condenado leyese frente a una Iglesia una declaración por la cual reprobaba su delito y pedía perdón por el escándalo provocado. En los siglos XVII y XVIII esta forma de piedad se generaliza con la devoción al Corazón de Jesús.

Al igual que en la consagración, el acto de desagravio pasa del plano individual al colectivo. Los cristianos deploran la descristianización de las instituciones; para remediarla y reparar la deshonra infligida a Dios, multiplican las oraciones de protesta y de pesar por las faltas cometidas. Así entendió Pío XI su acto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús y a su Iglesia en cuanto institución por Él fundada.

1.3. Reparación

En el marco de las graves situaciones que Francia vivía en los tiempos de la Santa, por los muchos y graves pecados públicos incluyendo “misas negras” en honor a Satanás, se le pide a nuestra hermanita de la Visitación que repare las ofensas que hieren al amor del Corazón de Jesús.

2. G. DE BECKER, voz “Devoción”, en: *Léxico de la Teología del Sagrado Corazón*, Milwaukee, USA. J. CHATILLON, voz “Devotio” en: *Dictionnaire de Spiritualité*, t.IV, col 702-716.

La palabra *reparación* tenía pues que ver con la gravedad de los pecados y precisamente porque eran pecados públicos, conocidos por todo el mundo, la reparación también tenía que ser pública. Por tal motivo dicho término tenía una connotación bien definida: alguien tenía que ocupar el lugar del pecador y constituirse en “víctima de justicia” como de hecho lo hizo Santa Margarita María.

En el ámbito social y político, por ejemplo, el que ofendía al soberano, en ese entonces se trata de Luis XIV, tenía que pagar su culpa para *reparar* el daño hecho al Rey. Esto era algo muy serio. No debía conformarse simplemente con un acto de *desagravio*: tenía que hacer una penitencia muy dolorosa: *el desagravio del honor*, así se lo conocía. El culpable tenía que ser condenado en público con los pies desnudos, en camisa, la cuerda al cuello y una antorcha en la mano para confesar y *reparar* su crimen.

Así lo entendía Bossuet: si a un rey se le debe una *reparación* de esa índole, mucho más al Super Soberano: “Aquél que reina en los cielos, Aquél a quien realzan los imperios y solamente a Él pertenece el honor, la gloria y la majestad”.³ Y esto Bossuet lo decía en presencia del mismo rey, refiriéndose a Dios, como rey y soberano de todo; por eso en ese caso la indiferencia, el desprecio, la blasfemia, son ofensas que hieren el honor de Dios.

Es de notar que el concepto de *reparación* está ligado indefectiblemente a la imagen de Dios. Es el mismo Bossuet quien se encarga de probarnos el porqué de esta íntima vinculación: el Padre le exige al Hijo la *reparación* por el pecado de la humanidad y lo hace en estos términos:

“Sí, cristianos, es Dios mismo y no el consejo de los judíos el que entrega a Jesús (...) Desde que te volviste contra él descargando sobre él tu cólera levantaste la mano contra él, se echaron sobre esta presa inocente y reservada a tu furor. Pero ¿reservada por quién sino por ti, Dios mío, que en *su venganza sacrilega* encontrabas el cumplimiento de tu *venganza santa*? Porque eras tú mismo, Señor, el que justamente *cambiado en un Dios cruel*, hacías sentir, no ya a tu siervo Job, sino a tu Hijo único, la pesadez de tu brazo. Hacía tiempo que esperabas esta víctima; *había que reparar tu gloria y satisfacer tu justicia*”.⁴

3. C. DESCOLEURS BERNARD-GAUD, *A corazón abierto*. Margarita María Alacoque, Mensajero, 1999, 97-100. Traducción del original: Marguerite-Marie Alacoque, *La Mystique du coeur*, Paris, du Cerf, 1999.

4. B. SESBOÛÉ, *Jesucristo el Único Mediador* (Koinonía 27), Salamanca, Secretariado Trinitario, 1990, 83. Traducción del francés: *Jesús-Christ l'Unique Mediateur*, Paris, Desclée de Brouwer, 1988.

¡Hoy día estamos muy lejos de aceptar y entender este lenguaje! pero no así en aquella época. Queda pues establecido el principio que nos interesa resaltar: *el concepto de reparación responde a una determinada imagen de Dios y viceversa*.

2. La reparación, hoy

Para poder pasar de la reparación del pecado tal como se entendía en tiempos de Santa Margarita María a la noción de reparación que hoy se prefiere utilizar, tendríamos antes que señalar el paso –o el salto– que ha dado el Papa Pío XII en su Encíclica *Haurietis Aquas*⁵ al dejar de lado el lenguaje devocional que llega hasta su antecesor Pío XI en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor*.⁶

Pío XII toma distancia de las revelaciones de Santa Margarita María cuya claridad nos exime de todo comentario:

“No puede decirse, por consiguiente, ni que este culto deba su origen a revelaciones privadas, ni cabe pensar que apareció de improviso en la Iglesia. Es evidente, por lo tanto, cómo las revelaciones de que fue favorecida Santa Margarita María *ninguna verdad nueva añadieron a la doctrina católica*. Su importancia consiste en que –al mostrar el Señor su Corazón Sacratísimo– de modo extraordinario y singular quiso atraer la consideración de los hombres a la contemplación y a la veneración del amor tan misericordioso de Dios al género humano” (HA 26)

Además ya no es el pecado que hay que reparar sino la primacía del amor divino que supera toda interpretación doliente y toda clase de “venganza divina” como lo entendía Bossuet. Siguiendo el concepto de *satisfacción* tal como lo utiliza Santo Tomás de Aquino, agrega:

“En efecto, el misterio de la divina redención es ante todo y por su propia naturaleza, *un misterio de amor*. Esto es, un misterio de amor justo de parte de Cristo para con su Padre Celestial, a quien el sacrificio de la cruz, ofrecido con corazón amante y obediente presenta *una satisfacción sobreabundante e infinita* por los pecados del género humano: Cristo sufriendo por caridad y obediencia ofreció a Dios algo muy superior que lo exigido para la compensación de todas las ofensas del género humano (ST III q 48 a.2)” (HA 26)

5. Pío XII, “Haurietis Aquas”, AAS 48 (1956) 309-353, cf. especialmente nn 44 y 59.

6. Pío XI, “Miserentissimus Redemptor”, AAS 20 (1928) 163-180.

Y más adelante: “Ciertamente, el divino Redentor fue crucificado más por la fuerza del amor, que por la violencia de los verdugos, y su holocausto voluntario es don supremo que su Corazón hizo a cada uno de los hombres” (HA 26).

Ubicado el amor divino en primer término, queda por entender la reparación o si se prefiere la satisfacción, dado que Pío XII en su citada encíclica casi no menciona el término reparación por los motivos ya indicados. Lo haremos dejándonos guiar por un texto muy citado que, a nuestro entender, merece ser tenido en cuenta:

“La satisfacción –o la reparación– no es algo que precede al perdón y lo condicionaría sino algo que le sigue. No es una exigencia del amor de Dios, sino más bien una necesidad del amor en nosotros (...). ¿No es un hecho de experiencia que el recuerdo de nuestras culpas pasadas puede convertirse incluso en un alimento de amor? *La satisfacción o la reparación es una necesidad que nace espontáneamente del amor penitente*. Dado que es una expresión de amor, Dios no puede desear que no la experimentemos, ya que perdonarnos no es otra cosa por su parte que repornarnos en el camino del amor. Pero esta satisfacción –reparación– tanto en su raíz como en su floración, la bebemos de Cristo, en su acto redentor del que todo nos viene”.⁷

Hay ciertas afirmaciones en nuestra vida de relación con Dios que sólo pueden ser entendidas desde una verdadera experiencia de amor compartido. Ésta es una de ellas. Agrega Olegario G. de Cardedal en el texto citado: “Los poetas, los enamorados y los místicos han sabido más que los teólogos en este orden”.⁸

Es así como podemos entender hoy la reparación: desde un amor penitente.

Es el dolor por haber ofendido a Aquél que más nos ama y por quien hemos sido perdonados a través del sacrificio de la cruz. Santa Margarita María experimentó en carne propia, como muchos otros místicos, este dolor profundo que, para muchos teólogos es el mismo dolor del purgatorio.

“También la purificación (o el purgatorio) se puede entender como un momento (no temporal) de la acogida en el amor consumidor de Dios. No es una etapa in-

termedia entre el cielo y el infierno, sino una parte de la consumación positiva. Se trata del repudio definitivo de la última e integral voluntad de autoafirmación del hombre que no quiere «desligarse» plenamente y «abandonarse» al amor de Dios”.⁹

Cabe destacar la importancia del lenguaje devocional que nace de la experiencia mística *no es menos teológico* que el lenguaje doctrinal sancionado por la autoridad de la Iglesia por medio de una Encíclica como la ya citada *Haurietias Aquas* de Pío XII, en la que no se menciona el término reparación por haber sido utilizado por la Santa de Paray le Monial.

Además, es sabido que las distintas categorías soteriológicas no definen la totalidad del misterio de Cristo aún en la hipótesis de considerarlas a todas en común, pues siempre habrá un *plus de sentido* cuando se trata de la persona del Hijo de Dios.

Hoy día, por ejemplo, hay categorías que necesitan una purificación tales como: sustitución, satisfacción, expiación y sacrificio.¹⁰ Eso no implica que hayan perdido su valor y su significado profundo, sino que se hace necesario ir más allá del significado inmediato de las palabras.

3. La Trinidad ausente

3.1. De la reparación a Cristo a la reparación de Cristo al Padre

La ausencia casi total en la teología occidental del misterio trinitario en los últimos siglos trajo consecuencias lamentables en todo el pensamiento teológico y en la vida de la Iglesia en general.

Así, por ejemplo no se tuvo en cuenta que el Hijo de Dios se hizo hombre a favor de los hombres pero para reparar en su cuerpo la ofensa que el pecado infligiera al Padre. Toda reparación, como todo acto de culto, termina en el Padre. La liturgia no utiliza otro lenguaje que no sea éste: todo es ofrecido en Cristo al Padre en la unidad del Espíritu Santo.

Todo su ser está constitutivamente referido al Padre. Si es cierto que *amó con corazón de hombre* para revelar al hombre el misterio del amor

7. Y. DE MONTCHEUIL, *Lecons sur le Christ*, Paris, 1949, 133-134, Citado por O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, Madrid, BAC, 2001, 539.

8. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, 540.

9. M. KEHL, *Escatología*, Salamanca, Sígueme, 1992, 285-286.

10. Cf. “categorías bajo sospecha” en GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, 535 y 540.

de Dios, también es cierto que todo hombre en Cristo Jesús, en su sagrado Corazón, tiene acceso al Padre por obra del Espíritu que vive en el corazón de cada hombre. “En efecto, a los que conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el Primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó” (Rom 8, 29-30).

De ahí que nada impide que se hagan actos de reparación *al* Sagrado Corazón de Jesús, pero que se tenga en cuenta que toda devoción-consagración termina en el Padre.

Sería pues más exacto decir que nos unimos a la reparación de Cristo al Padre por los pecados de la humanidad.

Así como nos unimos en el Santo Sacrificio de la Misa a la oblación *de* Cristo al Padre, de manera análoga nuestros ofrecimientos personales, como nuestros actos de culto en honor del Corazón del Cristo –guiados por el mismo Espíritu– se unen al eterno acto de reparación que Cristo ofrece a Dios, su Padre.

En su Corazón de hombre se revela pues el mismo amor que el Padre tiene por los hombres. Ante la pregunta de Felipe Jesús respondió: “¿Hace tanto tiempo que estoy con ustedes y todavía no me conocen? El que me ve ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo tú dices muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?” (Jn 14, 9-10). Comenta Galot:

“Felipe había estado viendo al Padre sin darse cuenta de que lo veía. Los discípulos habían asistido en primera fila a la revelación de su corazón paternal sin darse cuenta de ello. Había estado totalmente envuelto, por así decirlo, por una manifestación del Padre celestial, la más importante de todas, y casi no lo había conocido”.¹¹

¿No es ésta la situación de muchos hombres de hoy?

4. La reparación social

Si hubiera que agregar otro elemento a la actualidad de la reparación tendríamos que decir con Glotin que hoy la reparación no es auténtica a

no ser que incluya el servicio al pobre, el ecumenismo, el respeto por la vida y la lucha por la justicia.

La dimensión social de la reparación arranca desde sus comienzos y se la ubica en la Francia de Luis XIV, ya que en una de sus apariciones el Sagrado Corazón le pide a Santa Margarita María que toda Francia se consagre. Dicha consagración la llevará a cabo el nieto de Luis XIV, Luis XVI y hace un voto en prisión y consagra su persona, su familia y todo el pueblo de Francia al Sagrado Corazón de Jesús. Signo público de dicha consagración lo representa el templo de Mont-Martre, aunque la motivación inmediata fue la desastrosa situación de Francia a raíz de la guerra de 1870 y la invasión alemana, la orientación de los católicos se la reconoce en el pedido hecho por el Sagrado Corazón a nuestra Santa de la Visitación.¹²

Hoy día ya el pecado social es mencionado en los documentos oficiales de la Iglesia por lo cual hablar de reparación social o de la dimensión social de la reparación hecha al Corazón de Cristo no debe llamar la atención.

Conviene recordar aquí las distintas acepciones que el documento post-sinodal *Reconciliación y Penitencia* entiende describir como “pecado social”:

[a] “Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor daño en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana. Según esta primera acepción, se puede atribuir indiscutiblemente a cada pecado el carácter de *pecado social*”

[b] “Algunos pecados, sin embargo, constituyen, por su mismo objeto, una agresión directa contra el prójimo –y más exactamente según el lenguaje evangélico– contra el hermano. Son una ofensa hecha a Dios, porque ofenden al prójimo. A estos pecados se le suele dar el nombre de *sociales*, y ésta es la segunda acepción de la palabra.”

[c] “La tercera acepción de *pecado social* se refiere a las relaciones entre las distintas comunidades humanas (...) Así la lucha de clases, cualquiera sea su responsable y, a veces, quien la erige en sistema, es un *mal moral*. Así la contraposición obstinada de los bloques de Naciones y de una Nación contra otra, de unos grupos contra otros dentro de la misma Nación, es también un *mal social*” (16)

11. J. GALOT, SJ, *El Corazón del Padre*, Madrid, Caparrós Editores, 1996, 11.

12. DESCOULEURS, *A corazón abierto*, 97.

Es claro que aquí *no basta* el sentido dado a la reparación como respuesta de amor penitente hacia Aquél que nos ama. El pecado social se ubica además de cara al hombre que ha padecido los efectos en las injusticias, del abandono, de los bajos salarios, de la falta de cobertura social del desprecio de los poderosos.

Aquí la reparación adquiere el significado etimológico de restaurar, recomponer, reconstruir todo aquello que ha sido quebrado en el tejido social del pueblo pobre y falto de derechos humanos. Aquí se hace necesaria una acción social que equilibre los efectos negativos de una política económica que privilegia a los poderosos en detrimento de los que menos tienen.

El rol de la Iglesia se ubica en esta segunda acepción denunciando el pecado bajo todas sus formas y colaborando con todos aquellos que buscan una sociedad más justa, más humana, más digna del hombre creado a imagen de Dios.

También la *consolación* es una forma de reparación. Consolar a los que sufren a menudo representa el único camino válido y el más urgente para sostener a los que sufren y acompañarlos en su dolor. Las palabras de Jesús dirigidas a la viuda de Naim “no llores” (Lc 7,13) deberían estar más a menudo en los labios de los pastores pues representan los sentimientos más hondos y humanos del Corazón de Cristo, es decir, del corazón de Dios.

Una vez más la devoción llega antes que la doctrina. O, dicho de otra manera, el Espíritu siempre se anticipa a la acción oficial de la Iglesia. En el presente caso el anticipo fue de más de un siglo: el padre Juan León Dehón (1843-1925), fundador de los Sacerdotes del Sagrado Corazón (dehonianos) supo unir de manera admirable la devoción al Sagrado Corazón a la eucaristía –que veremos más adelante– y a la reparación social.

En la Francia del siglo XIX, el “Reino social” del Corazón de Jesús miraba a la consagración individual y familiar, parroquial y diocesana y aún a la nación toda como ya hemos visto. El P. Dehón, por expreso pedido personal del Papa León XIII de predicar sus encíclicas –referido especialmente a la *Rerum Novarum*–, estaba ya comprometido con la clase obrera y entiende que “la consagración iniciada en la vida mística de las almas tiene que descender y penetrar la vida social de los pueblos” (*Le Règne*, febrero de 1889). Así escribe en sus cuadernos:

“Fui conducido por la Providencia para trazar diferentes surcos, pero sobre todo dos dejarán una impronta profunda: la acción social cristiana y la vida de amor, de

reparación y de inmolación al Corazón de Jesús. Mis libros, traducidos a muchas lenguas, divulgan por todas partes esta doble corriente surgida del Corazón de Jesús” (NQT XXV/1910, 33)

Por eso podrá decir al final de su vida “El ideal de mi vida (...) un ideal grandioso: conquistar el mundo para Jesucristo (...) instaurar el Reino del Sagrado Corazón”.¹³

5. El regreso a la Eucaristía

Otro valor digno de ser destacado en nuestro itinerario sobre la devoción al Corazón de Cristo lo constituye sin duda el regreso a la vida eucarística pedido por el Señor a la Santa en una de sus apariciones. Ella tendrá que comulgar los primeros viernes de cada mes especialmente después de la fiesta de *Corpus Christi*.¹⁴

En aquel tiempo, incluir el misterio eucarístico en cuanto presencia real del Señor bajo las especies de pan y vino, fomentar la adoración reparadora y la comunión frecuente, iba contra la costumbre, arraigada desde muy antiguo, de comulgar pocas veces al año. Y, además, se oponía a una corriente herética que ya se había extendido en toda Francia: el jansenismo.

Si bien por una parte no es justo decir que las revelaciones de Paray-le-Monial son una respuesta al error jansenista –pues los primeros ataques dirigidos por los jansenistas contra las revelaciones del Sagrado Corazón se dan hacia el año 1729, es decir, treinta años después de la muerte de la Santa– tampoco es erróneo afirmar que las ideas fundamentales del jansenismo ya se habían extendido lo suficiente como para confundir a la gente. El libro clave “*Augustinus*” de Cornelio Jansen (1585-1638), fundador del jansenismo, fue publicado en 1640.

En el jansenismo se acentuaba el peso del pecado, de la iniquidad de todo hombre de cara al amor de Dios, a la misericordia de Dios. Pesaba

13. H. CHIARELLO, SCJ, *León Dehón Apóstol de los nuevos tiempos (1843-1925)*, en: Subsídios para la Beatificación del P. Dehón, Provincias AR y URU, Argentina 2004.

14. Fue decisiva la presencia del ahora Santo Claudio de la Colombière, Jesuita, quien acompañó a la Santa a lo largo de todo su itinerario espiritual ayudándole a discernir el sentido y la validez de las apariciones, especialmente la llamada “gran revelación”. Cf. DESCOULEURS, *A corazón abierto*, 101-105.

más el pecado que la reparación hecha por él. *Nadie era digno de acercarse a comulgar aunque se hubiera confesado bien.* Pues bien Jesús le pide a nuestra Santa –como ya quedó dicho más arriba– que comulgue el viernes después de la fiesta de *Corpus Christi* en honor a su Corazón. Este gesto va unido al culto que más tarde entrará con mucha fuerza: la adoración eucarística en espíritu de amor y reparación.

Desde entonces, se une al misterio eucarístico el amor a Dios y la reparación. Con los acentos propios de cada época, esta relación se ha mantenido intacta hasta el día de hoy. Ya se ha convertido en un aspecto inseparable de la espiritualidad del Corazón de Jesús. Convengamos que el regreso a la Eucaristía por parte del pueblo cristiano, en gran parte está debido a la difusión que esta devoción ha tenido en el mundo.

Además, Jesús le pide a la Santa que lo acompañe en el Huerto de los Olivos en actitud de adoración ante el Santísimo Sacramento desde las once hasta las doce de la noche. Nace así la primera “hora santa”.

Convendría, sin embargo, no apartarse nunca del misterio eucarístico celebrado, en clave pascual, en cada Santa Misa especialmente en la celebración dominical. Este peligro de separar la celebración de la adoración eucarística no es una realidad nueva en la Iglesia. Ya en el medioevo la adoración durante la celebración de la Misa ocupaba el lugar central hasta creer que contemplar la hostia consagrada era una forma de “comunión” con el Señor: se la llamaba *communio per visum*, es decir, comunión por visión y ese era el motivo por el cual el pueblo de Dios se alejaba día a día de la comunión física-sacramental.

A nuestro entender falta explicitar mejor el sentido de la palabra “sacrificio” que en realidad habría que traducirla hoy por “oblación”. El *sacrum-facere*, el hacer sagrado es obra exclusiva y excluyente de Dios. Sólo Dios por su Espíritu puede transformar el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo en su acto de ofrecimiento al Padre propio del momento pascual.

Por tal motivo, también habría que dejar en claro, que la Eucaristía no es un acontecimiento post-pascual, sino que es la Pascua misma celebrada en nuestros altares en directa relación con la última cena del Señor: “El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan dio gracias y dijo: ‘Esto es mi Cuerpo’... después tomó la copa, diciendo ‘Esta copa es la Nueva Alianza que se sella con mi Sangre’” (1 Cor 11,24-25).

Adorar la permanencia de la presencia de Cristo bajo la especie del pan es un acto de culto que entró en la Iglesia muchos siglos después (s.

XIII). Es inseparable del momento culmen de la Santa Misa y tiene sus efectos en la lenta y silenciosa asimilación de los fieles quienes al adorar su presencia lo reconocen como parte de su propia vida cotidiana. Se les hace compañero de camino con quien pueden dialogar acerca de lo ocurrido en Jerusalén “en estos días” (Lc 24,18) mientras ellos le cuentan lo ocurrido en sus vidas y por qué a veces se los ve con el semblante triste.

El Congreso Eucarístico de Sevilla de 1992 entendía así la adoración eucarística:

1. La adoración eucarística es una adoración trinitaria, que implica la actividad de agradecimiento y admiración al amor de Dios Padre, la mediación salvadora de Cristo, y el don gozoso y consolador del Espíritu Santo.
2. La adoración es tiempo exterior y espacio interior para una concentración de la vida en Cristo, confesando su presencia activa permanente, su cercanía y acompañamiento, en orden a la transformación personal y social.
3. La adoración es contemplación y reconocimiento de la presencia sacramental y real de Cristo en las especies, fuera de la celebración de la vida.
4. La adoración es un verdadero encuentro dialogal por el que, en la contemplación y admiración silenciosa, nos abrimos a la experiencia de Dios, al gozo y alegría de la fe, de donde dimana la fuerza para una acción más consecuente y evangelizadora.
5. La adoración es igualmente el gesto de solidaridad con las necesidades y necesitados del mundo entero, en cuanto se tienen presentes en la oración, y desde esta petición solidaria verificada en la vida se incrementan la justicia y la fraternidad. Los adoradores también participan, a su modo, de la tarea de evangelización.¹⁵

15. Citado por D. BOROBIO, *Eucaristía*, Madrid, BAC, 2000, 315.

6. Conclusión

El incorporar los avances teológicos a las categorías devocionales, como la reparación, nos permite una cercanía mayor al lenguaje pastoral sin renunciar a los contenidos doctrinales. Se evita, de esta manera, un doble discurso que empobrece al pueblo de Dios y termina por dejar que la teología sirva sólo para los expertos y entendidos en la materia. Se llega así a una conclusión errónea: para que la teología sea más pastoral debe ser menos científica y más catequística.

Lamentablemente en no pocos seminarios de nuestro país todavía subsisten rastros de esta doble visión del quehacer teológico/pastoral.

En nuestro artículo, por ejemplo, la incorporación de la dimensión trinitaria con frecuencia ausente en tiempos de Santa Margarita y en los siglos posteriores, nos permite abrir la devoción a la problemática actual del misterio de Dios en su aspecto ecuménico y nos introduce en las cuestiones concernientes a las demás religiones presentes en el mundo de hoy.

La acción del Espíritu que emana del costado abierto del Salvador sigue actuando en silencio distribuyendo “elementos de santidad y de verdad” (LG 8) fuera del ámbito visible de la Iglesia católica.

Lejos, pues, de ser una devoción intimista, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se extiende a lo largo y a lo ancho del misterio cristiano que incluye, necesariamente, la problemática del hombre de hoy. Todo lo cual tiene su origen fontal en el amor de Dios manifestado en el Corazón de su Hijo y presente en el mundo por obra de su Espíritu.

LEONARDO CAPPELLUTI SCJ
30.04.07 / 30.05.07